

Concilio de catolicidad

B. Vanrell, S. I.

El pasado once de octubre, millones de espectadores, presentes y televidentes, fueron testigos oculares de una grande y conmovedora realidad: la *catolicidad de la Iglesia*, que en la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, en la Basílica de San Pedro, se hizo tangible y espectacular. La catolicidad, en efecto, no es sólo un movimiento interior del Cuerpo Místico; su visibilidad pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia. Pero, para los católicos, el Concilio no es un mero espectáculo; es algo que les toca y pertenece muy íntimamente.

El por qué del Concilio

Un Concilio Ecuménico es una revisión, en común, de la vida de la comunidad eclesial. Una revisión de la fe, de la esperanza, de la caridad de la Iglesia, en Cristo. No de una parte o sector, sino de *toda la Iglesia*; *ecuménico* significa, justamente, *universal*. Es un revisar en profundidad —cómo ha calado el Espíritu en nuestra vida—, y en horizontalidad —hasta dónde se ha propagado y debe dilatarse la Iglesia que tenemos entre manos. Iglesia de hombres. Iglesia de pecadores.

Un Concilio —ese remirarnos en el Evangelio— nace siempre de una necesidad. La fuerza, el empuje vital del

Cuerpo Místico de Cristo, animado por el Espíritu Santo, viene a parar, inevitablemente, en su extensión y difusión, en situaciones críticas: cambian circunstancias, aparecen nuevos peligros, se impone la formulación de ciertos dogmas, se abren posibilidades nuevas para la fe, la comunidad cristiana requiere orientaciones actuales ante posibles quiebras internas, existen progresos en los estudios eclesiásticos, etc. Es, ni más ni menos, la preparación eclesial del Concilio. Porque la Iglesia, comunidad de hombres, vive, vibra con el tiempo y en el espacio. Está en el mundo y ha de sintonizar con él; sintonía de tiempo y espacio para la real encarnación del espíritu cristiano. Pero es la suprema jerarquía la que, consciente de tal necesidad y recogiendo el sentir de toda la comunidad, convoca autoritariamente el Concilio.

Sentir actual de la Iglesia

Es curioso notar cómo, lenta y progresivamente, se ha ido precisando el calificativo del Concilio Vaticano II. Primero, informaciones poco definidas, hicieron pensar en la unión de todas las confesiones cristianas, como objetivo de la magna asamblea. ¿Sería el *Concilio de la Unidad*? Idea estupenda, pero demasiado bonita para soñar en

DOMUND 1962

un milagro de la noche a la mañana. Se le llamó luego *Concilio de la Esperanza*, fundados en la respuesta que daría la asamblea ecuménica a los angustiosos problemas de nuestro tiempo. Pero a medida que el Papa y los organismos antepreparatorios y preparatorios del Concilio iban penetrando en el sentir de toda la Iglesia, a través de las respuestas remitidas a Roma desde todos los puntos del globo por los obispos y teólogos, se perfilaban y aclaraban el objetivo y características del nuevo Concilio. El Vaticano II, más que ningún otro, sería el *Concilio de la universalidad*. Aun físicamente la totalidad de la Iglesia estaría representada, real y geográficamente, en sus 2.500 Padres Conciliares, procedentes de todos los continentes, pueblos y lenguas de la tierra.

Y hay que reconocer que el calificativo responde al sentir de la comunidad cristiana de hoy. Somos cada vez más conscientes de la dimensión social y universal de la fe y de la "vida cristiana". La dinámica de nuestra fe y nuestra gracia nos impulsan interna y urgentemente al crecimiento, que es comunicación jubilosa del ser cristiano —fe y gracia— a nuestros hermanos, los hombres, intregrándolos a la Iglesia, hasta que el cuerpo de Cristo alcance la medida de su plenitud. "Pues predicar el Evangelio no es para mí gloria ninguna, es una obligación que me incumbe, ¡Ay de mí si no predicare el Evangelio!" (I Cor. 9, 16). Vivimos como nunca la idea rica y apasionada de la catolicidad. Y ha sido la vivencia de esa realidad en sus múltiples formas —misionología, Acción Católica especializada, movimiento litúrgico-bíblico, Mundo Mejor, etc.— la que en el fondo ha hecho posible el Concilio de la Catolicidad. "La idea del Concilio, ha dicho Juan XXIII, no es el fruto de largas consideraciones, sino una especie de flor espontánea de una primavera inesperada"(1).

(1) *Information cathol. internat.* 1959, 59, 5.

Vaticano II y Domund 1962

Un Concilio Ecuménico es universal por definición. Pero es interesante advertir que esa nota esencial de la Iglesia no ocupó un puesto de preferencia en el esquema del Vaticano I. El Vaticano II, en cambio, se nos ha presentado impregnado de inquietud universalista y pastoral, como lo prueban la representación en él de todos los pueblos, razas y colores, los temas, los mismos títulos de las comisiones y secretariados y sobre todo la desbordante inquietud ecuménica que acucia hoy a toda la Iglesia. El mismo sumo Pontífice asignó al Concilio ese triple objetivo:

- a) el desarrollo y propagación de la fe
- b) la auténtica renovación de la vida cristiana
- c) la adaptación de la disciplina eclesiástica a las exigencias de nuestro tiempo.

Con todo, los dos últimos objetivos, como afirmaba el mismo sumo Pontífice en enero de 1959, son medios para lograr el fin principal: el desarrollo y la propagación de la fe.

Por otra parte, esa dimensión social y universal de nuestra fe, de que hablábamos antes, es la que, en estos últimos años, nos ha inculcado la Iglesia a través de sus Obras Pontificias Misionales, y de un modo especial haciéndonos vivir, año tras año, la gran jornada eclesial: el Domingo Mundial de la propagación de la Fe (DOMUND); ese aldabonazo anual que pone en tensión todas las fibras de nuestra alma de cristianos en la vivencia del gran día oficial del Cuerpo Místico. Llamada a la revisión de nuestra fidelidad al Evangelio, y a la Iglesia; fidelidad que es sentir en la Iglesia y con la Iglesia, condición indispensable para una acción nuestra renovadora en el plano individual y comunitario.

DOMUND llamada a la revisión

¿Cuál es nuestra actitud, nuestro sentir interior, frente a nuestros hermanos de color, despreciados por la segregación racial; frente a los chinos humillados; frente a los nuevos pueblos de Africa? Dios nos pedirá cuenta también a nosotros, —los cristianos viejos monopolizantes de su gracia—, de su infidelidad y paganismo.

Para sentir con y en la Iglesia universal, representada en el Concilio, es preciso también examinar, revisar nuestra vida, nuestra postura interior y espiritual con respecto al Evangelio y al mundo que Cristo nos ha confiado. Nos engañamos si pensamos poseer el espíritu de Cristo y no nos dolemos con los millones de negros y chinos tantas veces humillados, ni sentimos hambre con las dos terceras partes del mundo que la pasan diariamente, en parte por culpa nuestra, ni conocemos la miseria

en que viven miles de hermanos nuestros en los cinturones de las grandes ciudades.

Es en nuestra vida concreta, en nuestro interior, donde debe enraizar la dimensión universal de la Iglesia, que nos recuerda el DOMUND, y donde resuenen las angustias y aspiraciones de nuestros hermanos, a quienes no ha llegado aún la Buena Nueva, y están llamados a formar con nosotros el Cristo total único. Ese sentir en totalidad, en Cuerpo místico, es la clave de la verdadera acción misional-pastoral y de nuestra propia y progresiva conversión interior.

Al tiempo que toda la jerarquía de la Iglesia se reúne y recoge bajo la suprema Cabeza, para revisar y estudiar los grandes problemas de la Cristianidad nosotros, miembros de esa Iglesia, podemos unirnos a ellos aportando nuestra pequeña revisión de vida personal, de fidelidad al Evangelio y a la misma Iglesia, en el día del DOMUND.

